

# PROYECTO SOCIALISTA

Comisión de Estudios Teóricos del Partido Socialista de Chile  
Documento de Discusión. Santiago, febrero de 1992

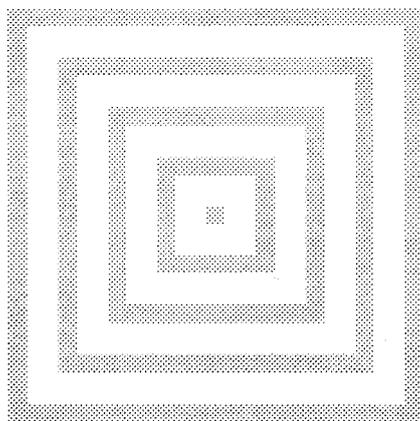
Comisión de Estudios Teóricos  
del Partido Socialista de Chile

Manuel Antonio Garretón, Coordinador.

Ricardo Goyenechea, Raúl Ampuero A., Luis E. Jobet, Manuel Barrera, Sergio Monsalve, Ramón Cifuentes, Iván Nazif, Raúl Díaz, Juan Ruz, Pio García, Augusto Samaniego, Emilio Gautier, Adonis Sepúlveda, Cecilia González, Roberto Szederkenyi

Además de los documentos presentados por los miembros de la Comisión sobre temas determinados, y de diversos documentos hechos llegar a la Comisión, se solicitó documentos de trabajo especiales a:

Natacha Molina, Enzo Faletto, Manuel Canales, Juan Enrique Vega. En el inicio de los trabajos de la Comisión participaron también Luis Maira, Raúl Erazo, Patricio Quiroga, Antonio Cortés, Enrique Ramírez, Enzo Faletto, Julio Sau, Santiago Escobar.



## PREAMBULO

### I. EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD.

1. Significado del socialismo
2. Sentido del proyecto socialista
3. El patrimonio doctrinario

### II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

1. El núcleo histórico
2. Un largo aprendizaje
3. Contra todas las dominaciones

### III. LA OPCION SOCIALISTA AL TERMINO DE SIGLO

1. Viejos y nuevos problemas
2. Socialismo y modernidad
3. Reafirmación de principios
4. Socialismo y Democracia
5. Fortalecimiento de la sociedad civil

### IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTORICO

1. El contexto mundial
2. El desafío latinoamericano

### V. EL SOCIALISMO CHILENO. TRAYECTORIA Y PROYECTO

1. La trayectoria socialista
2. Las grandes tareas socialistas
3. La construcción de mayorías sociales y políticas

## PREAMBULO

Los cambios fundamentales que se han experimentado a nivel mundial-continental y nacional, hacen que muchos se pregunten por el significado de la Izquierda y el socialismo en el mundo de hoy y de mañana.

El Proyecto Socialista que presentamos busca responder a esa pregunta no desde el ángulo de las ideologías cerradas ni de las puras propuestas programáticas, sino interrogándose por el sentido histórico de la visión socialista e intentando analizar las condiciones de la sociedad contemporánea que la hacen vigente. Se trata de acortar la brecha entre un discurso ideológico muchas veces rígido y alejado de la dinámica de la realidad, que paga tributo a concepciones y modelos hoy día en crisis, y la práctica y la experiencia diaria de quienes luchan por transformar la sociedad, reflexionando sobre su sentido y proyección. Para ello es necesario redefinir el contenido del socialismo a la luz de las experiencias vividas y de los cambios civilizatorios que están ocurriendo.

No se trata ni de una declaración de principios ni de un programa propiamente tales, sino de una propuesta abierta, un conjunto de ideas fuerzas que constituyen el marco en que deben posteriormente plasmarse las medidas programáticas.

En la primera parte del documento se define el significado del socialismo, su patrimonio doctrinario y su carácter de proyecto abierto a toda la sociedad.

En la segunda se discute el núcleo histórico de la relación entre socialismo y capitalismo, el aprendizaje socialista respecto de este punto y las nuevas dimensiones que adquiere el proyecto socialista.

En la tercera parte se aborda la situación del socialismo a fines de este siglo, analizando los viejos y nuevos temas

presentes y el desafío de la modernidad, reafirmando y actualizando los principios y valores del socialismo y definiendo su carácter democrático en lo político y transformador en lo social y cultural.

En la cuarta parte se analiza el contexto mundial y latinoamericano y los desafíos planteados para el socialismo.

En la quinta parte se esboza la trayectoria del socialismo chileno, se señalan las grandes tareas socialistas para Chile y se plantea la estrategia de construcción de mayorías sociales y políticas.

Entregamos este Proyecto Socialista a la discusión de los socialistas y del pueblo de Chile, en un momento histórico en que se reconstituyen las esperanzas y anhelos de una nación y estamos iniciando la última década de este siglo.

## I. EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD

### 1. Significado del socialismo

El socialismo es la acción consciente y colectiva de las fuerzas sociales que buscan la plena emancipación del ser humano y el desarrollo de las condiciones sociales que permitan la realización de los sujetos individuales y colectivos.

Es, por lo tanto:

- una lucha constante por la superación de las contradicciones sociales que generan explotación, opresión y alienación y por la vigencia de los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización personal;

- un proceso permanente de implementación de mecanismos y estructuras que aseguren la socialización progresiva del poder y la gestión o control democrático de las instancias e instrumentos

que definen el destino de la sociedad;

- un movimiento que busca generar condiciones materiales, sociales y culturales en las que la gente y los actores sociales puedan libre y solidariamente decidir sobre su vida y el futuro de la sociedad.

## 2. Sentido del proyecto socialista

El socialismo no se define como una sociedad a la que se llega en un momento dado, ni se identifica con instrumentos, mecanismos o modelos de sociedad pre-determinados. El socialismo se define como un proceso hecho de luchas y consensos por superar las contradicciones que provienen de las desigualdades, las faltas de libertad y las alienaciones. Todo aquello que amenaza la plena realización de los sujetos individuales y colectivos pasa a ser objeto de lucha y política. El socialismo no es la utopía de una sociedad que superó y eliminó todas sus contradicciones para siempre. Sino la utopía de darle a quienes las sufren las condiciones e instrumentos para enfrentarlas y de socializar al máximo las diversas herramientas de poder que existen en la sociedad.

El proyecto socialista asume así al conjunto de la sociedad. Se postula como una propuesta para los diversos sectores de ella y busca armonizar los intereses de todos ellos en cuanto no atenten contra los valores y principios mencionados. Pero lo hace desde la perspectiva de los sectores oprimidos, dominados, excluidos, explotados. Es decir, lucha contra los privilegios y obstáculos económicos, sociales, culturales y políticos y promueve las transformaciones estructurales e institucionales que permiten no sólo la integración de estos sectores, sino su capacidad de decisión individual y colectiva.

El socialismo afirma el principio de unidad y proyección histórica de la nación y la sociedad, pero reconoce que hay intereses contradictorios y realidades diferenciales de poder. Por ello, sin renunciar a la propuesta para el conjunto de la sociedad, opta por aquellos sectores que sufren las opresiones y por todos los que buscan superarlas, con el fin de restablecer las condiciones de igualdad y libertad para todos.

En la sociedad contemporánea, persisten antiguos privilegios y se crean otros nuevos.

Existen, por lo tanto, intereses de mantención de tales privilegios y de las estructuras que los hacen posibles. El socialismo lucha contra las condiciones que los generan y que perpetúan injusticias, ampliando los espacios e instituciones en que se expresan los intereses y aspiraciones alternativos, dentro del marco democrático.

## 3. El patrimonio doctrinario

El enriquecimiento del universo y la propuesta socialista desmiente toda visión de crisis o agotamiento que pueda haberse producido como producto de pérdida de validez de algún modelo ideológico, o por el derrumbe de algún modelo histórico que se denominara socialista. El socialismo sigue siendo la propuesta más válida de superación de los problemas de la sociedad contemporánea y el horizonte de mayor esperanza no sólo para quienes sufren alguna forma de dominación, sino para todos los que aspiran a formas de vida más humanas.

No habría sido posible tal enriquecimiento sin la incorporación en el patrimonio doctrinario del socialismo de todas las experiencias prácticas e intelectuales que apuntan al mejoramiento de las condiciones de vida de la gente y al progreso humano de las sociedades y sin la

convergencia no dogmática de diversas vertientes de pensamiento.

Porque el socialismo es, junto a una experiencia de práctica política y acción colectiva, una tradición intelectual que reflexiona sobre ella y que busca identificar para cada sociedad cuales son las contradicciones más fundamentales y urgentes, las estrategias para su superación y los actores que pueden encarnarlas. En esta tradición ha ocupado un papel relevante la crítica a la lógica capitalista y a sus efectos sociales proveniente del marxismo, así como el horizonte de esperanzas que éste abrió para vastos movimientos sociales y sociedades enteras. Los debates y reflexiones socialistas han ido elaborando una comprensión propia de las sociedades y del ser humano contemporáneo, que supera las incapacidades del marxismo para ello. El socialismo, como fuera señalado por todos los clásicos, es también heredero del liberalismo político. Asimismo, forma parte del patrimonio socialista el conjunto de valores y principios éticos de la tradición judeo-cristiana, en sus distintas vertientes, hoy reconocidos secularizadamente por toda la humanidad. También se nutre del aporte de otras concepciones humanistas y libertarias, de los movimientos revolucionarios de este siglo, del racionalismo de base científica y de las ciencias sociales contemporáneas.

El patrimonio y la propuesta socialistas no se identifican con ninguna de estas corrientes, pero reconocen el aporte de cada una y el espacio para todas ellas en la conformación de un movimiento plural. Este no se define por su verdad teórica, sino por principios éticos, por el aprendizaje de experiencias individuales y colectivas y por una propuesta histórica para cada momento. Ello teniendo como horizonte el hacer avanzar al conjunto de la sociedad en los principios de igualdad, libertad,

solidaridad y autorrealización de la gente.

## II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

### 1. El núcleo histórico

Desde su nacimiento en el inicio de la revolución industrial, el socialismo identificó las contradicciones sociales con el desarrollo del capitalismo. De modo que su proyecto se definió como una eliminación y superación de la sociedad capitalista. La lucha entre capitalismo y socialismo, los avances y retrocesos de uno y otro, identifican la mayor parte de los dos últimos siglos, tanto en su expresión nacional, como continental y mundial.

El advenimiento simultáneo de un sistema económico con un nuevo modelo civilizatorio, permitieron definir al capitalismo durante largo tiempo como un tipo de sociedad en creciente expansión. El capitalismo fue visto como poseedor de un modelo cultural, social y político, y como un sistema económico en que se identificaban una particular forma productiva de base industrial, un modo de acumulación y distribución de riqueza y un modelo de desarrollo de las naciones. La esencia del capitalismo fue definida por las relaciones de explotación, determinadas a través de la propiedad privada de los medios de producción. De ellas se veía emanar todo el conjunto de relaciones sociales y las diversas esferas de la sociedad. La expansión capitalista a nivel mundial implicó el desarrollo de un sistema imperialista que reprodujo la situación de injusticia a escala planetaria y entre países.

El socialismo se postuló como respuesta global a este tipo de sociedad y civilización y como poseedor de un modelo alternativo en todos estos planos.

La teoría socialista planteaba que la eliminación de la explotación capitalista, basada en las relaciones de cosas regidas por el mercado, el salario y la propiedad privada, debía llevar al término de todas las otras alienaciones, opresiones y dominaciones. Ello sólo sería posible a través de la organización de todos los sectores explotados, los trabajadores. La acción de ellos se encaminaba a eliminar el aparato represivo de las clases que controlaban los medios de producción y a establecer la apropiación colectiva de éstos.

La revolución, como método político de toma del poder para desatar las fuerzas anticapitalistas y desarrollar el socialismo, fue directa consecuencia de este planteamiento y apareció identificada con el ideal socialista. Este fue también el modelo teórico e ideológico que estuvo en el origen de los denominados socialismos reales, los que más propiamente constituyen el modelo del comunismo soviético.

La expansión capitalista dio origen, al surgir un bloque de naciones que se definían como socialistas, a una división del mundo entre dos bloques. Esta última división caracterizó la situación mundial especialmente desde la segunda guerra mundial hasta finales de la década del ochenta. Ello amplió el sentido de las luchas socialistas abarcando la independencia y liberación nacionales.

Desde diversas vertientes teóricas, la principal de las cuales fue el marxismo y su análisis crítico de las contradicciones del capitalismo, el socialismo aparece como la única alternativa a los males del capitalismo, como un modelo de sociedad que lo supera. Ello fue reforzado con la esperanza abierta a la humanidad por el surgimiento y consolidación en el panorama mundial de este bloque de naciones identificadas con el comunismo internacional en cualquiera de sus variantes.

## 2. Un largo aprendizaje

Los movimientos socialistas han vivido un largo proceso de maduración. El ha sido producto de las transformaciones del sistema capitalista, de las experiencias revolucionarias en los países subdesarrollados, de las luchas entabladas en diversos contextos, de la evolución del pensamiento y la ciencia, y de la trayectoria de los modelos comunistas históricos.

El capitalismo no es un tipo global de sociedad ni siquiera un modelo económico único y completo en el que se identificarían en un solo sistema las formas de organización productiva, de acumulación y de desarrollo. El capitalismo es básicamente un modelo de acumulación regido por el principio del lucro y definido por una interrelación entre propiedad privada, mercado y régimen de salario que origina y reproduce una determinada división de clases en la sociedad. La economía capitalista puede coexistir con diversos tipos de sociedad. Pero también con diversos sistemas de producción, como lo han mostrado las transformaciones desde formas artesanales, el industrialismo taylorista hasta la robotización, pasando por múltiples variantes. Asimismo puede coexistir con diversos modelos de desarrollo, que implican formas diferentes de organización social, organización política y estatal, modelos culturales y tipos de inserción en la economía mundial. Así lo han mostrado las variadas experiencias de desarrollo y modernización desde los países de capitalismo clásico hasta los más tardíos o los de nueva industrialización en las últimas décadas.

En la sociedad contemporánea, la economía capitalista se ha extendido universalmente, adaptado a las nuevas revoluciones científicas y tecnológicas, y creado un nuevo espacio mundial. En este

fenómeno se basan los procesos de transnacionalización. Si bien se han dado modelos alternativos de acumulación exitosos en determinados momentos y contextos, no ha logrado aún establecerse en forma coherente, persistente y válida para todos los contextos, una alternativa viable al modelo de acumulación capitalista.

El capitalismo ha tenido éxito en consolidarse y expandirse como modo de acumulación. Incluso, ha logrado resolver, a costa de la desigualdad socio-económica a nivel mundial entre países ricos y pobres, ciertos problemas de desigualdad en algunos países desarrollados. Nada de ello invalida la crítica a sus fundamentos morales y, sobre todo, a los efectos de creciente desigualdad e injusticia social y destrucción de las relaciones humanas y del medio natural a nivel mundial y al interior de la gran mayoría de los países. Desde este punto de vista, no habrá solución a los problemas de la humanidad en el marco capitalista, aún cuando no se le haya aún opuesto otro sistema económico coherente y viable de reemplazo.

En este sentido, el socialismo no abandonará nunca su voluntad de superación del sistema capitalista y en su horizonte estará siempre la aspiración de un sistema económico que asegure la igualdad de oportunidades y la satisfacción de todas las necesidades de todos los sectores sociales. Que restituya a la sociedad el control democrático, y al mundo de los trabajadores la participación en la gestión, decisión y frutos de su trabajo. En definitiva, un sistema económico que deje de ser una fuente de división en dases sociales antagónicas.

En el mundo de hoy, los socialistas buscan, permanentemente, preservar las condiciones que aseguren los equilibrios y el crecimiento económico y, al mismo

tiempo, revertir los efectos perversos de la acumulación capitalista. Ello implica, junto con la mantención de formas-capitalistas en toda la medida necesaria al desarrollo productivo, la eliminación de monopolios y distorsiones, la búsqueda de formas combinadas de propiedad y gestión que hagan prevalecer democráticamente el interés social, y el planteamiento de sistemas de producción y modelos de desarrollo adecuados a cada sociedad. Se trata, así, de promover las condiciones técnicas, culturales, sociales y políticas, para que el conjunto de la sociedad pueda democráticamente plantearse una alternativa legitimada a la acumulación capitalista.

Respecto al sistema de producción, el socialismo busca la integración de toda la población a formas de trabajo estable, dignas, creativas, socialmente productivas y útiles que superen la informalidad, marginalidad y precariedad de los actuales mercados de trabajo, y que permitan la creciente participación de los trabajadores en la gestión y en la apropiación de los frutos del mismo.

Respecto del modelo de desarrollo, el socialismo busca la mayor redistribución compatible con el crecimiento económico, la mayor autonomía nacional en el marco del proceso creciente de internacionalización, la inserción nacional solidaria e integrada con los otros países de América Latina en la economía mundial. Todo ello a través de formas productivas y de gestión que incorporen la creatividad del mundo de los trabajadores y preserven y enriquezcan el patrimonio cultural y el medio ambiente natural.

En la aplicación de estos principios se encuentra la base de la crítica del socialismo a los actuales modos de producción y desarrollo enmarcados en la acumulación capitalista, y su propuesta de reformas

estructurales. A diferencia de otras épocas, el diseño de tales reformas no tiene por centro exclusivo y necesario la propiedad en tanto tal ni se deduce de un modelo ideológico de sociedad o de mecanismos pre-establecidos válidos para todas las sociedades. Por el contrario, las reformas estructurales que el socialismo propugna surgen de la búsqueda de consensos en la sociedad para superar sus contradicciones y se enmarcan necesariamente en el régimen democrático.

### 3. Contra todas las dominaciones

Si bien una parte significativa de las desigualdades a nivel mundial y nacional tienen su origen histórico en la naturaleza de la acumulación capitalista, una sociedad no se agota en su modelo económico. No todas las contradicciones de la sociedad contemporánea se explican por la explotación capitalista. Tampoco el término de ésta aseguraría el término de opresiones y alienaciones, como ha sido comprobado, entre otros, por los modelos comunistas implantados en este siglo. Incluso, puede verse un largo tiempo de vida de la economía capitalista y a los socialistas luchando por llevar a su plena potencialidad las virtualidades que ella tenga. Ello no significa que no haya propuesta socialista para la sociedad ni que la única tarea socialista sea la búsqueda y espera del remplazo de tal economía.

La dominación en las sociedades no puede explicarse solamente por la división en clases originadas en las relaciones de producción. Ni el socialismo pretende ser un «modelo de sociedad» que la supere de una vez para siempre.

El socialismo mantiene su aspiración ética a terminar con la explotación y extiende este imperativo a las opresiones y alienaciones de todo tipo, sean éstas de

clase, de género, de edad.

## III. LA OPCION SOCIALISTA AL TERMINO DE SIGLO

### 1. Viejos y nuevos problemas

El socialismo de fin de siglo enfrenta viejos y nuevos temas. Ambos se dan en un contexto de enormes transformaciones en la civilización.

Entre los primeros, está la explotación económica, las desigualdades y las injusticias sociales.

Entre los segundos, las opresiones de género, la lucha por darle un sentido a la vida y mejorar las relaciones entre los seres humanos y de éstos con su medio natural y social, el daño ecológico, los problemas de las minorías y otros.

No han sido soluciones para estos problemas ni los modelos comunistas que se derrumban fracasados al finalizar la década del ochenta ni la implantación desenfadada de los modelos económicos de mercado. Tampoco lo han sido la apelación a grandes ideologías o mesianismos globales con su creciente desvalorización ni la progresiva aplicación de la ciencia y la técnica a los diferentes ámbitos de la vida en el mundo actual.

Así, al acercarnos al próximo milenio junto con una expansión de las expectativas y esperanzas de una vida mejor, aumenta también el desencanto y la frustración, se plantea una profunda crisis de valores y de sentido de la vida, y se advierten amenazas al sistema ecológico. El mundo en que vivimos ha creado grandes posibilidades para la realización de la condición humana. Al mismo tiempo ha construido los obstáculos que dificultan tal realización y que amenazan con un callejón sin salida.

En las últimas décadas, los sectores

tradicionalmente conservadores han planteado, más allá de la defensa de privilegios, una propuesta de futuro. Ella, bajo el pretexto de modernizar la sociedad, la hace más inhumana e invivible.

En efecto, en diversas latitudes cobra vigor un neoliberalismo triunfalista que identifica la realización humana con el modelo de sociedad impuesto por el mercado y que desconoce el valor de la acción colectiva y el papel de sujetos que los seres humanos tienen frente a su historia. En respuesta a la negación de identidades que ello conlleva, surgen formas de refugio individual o colectivo, tales como las acciones violentas y destructivas, las alienaciones consumistas, los populismos, nacionalismos o comunitarismos de tipo mesiánico, fundamentalista o simplemente defensivo.

No desaparecen en la sociedad contemporánea los conflictos de intereses ni las luchas contra explotaciones y privilegios. Pero, contrariamente a lo planteado por ciertas ideologías, estos problemas no tienen sólo un carácter técnico. Sus soluciones se dan sobre todo a través de la confrontación de diversas visiones y proyectos para la sociedad.

Por eso, el terreno principal del enfrentamiento es político y simbólico, sobre todo cultural, es decir, por dar un significado más o menos humano a la vida y al conjunto de la sociedad. Ello cambia el sentido tradicional otorgado a la política. De ella desaparecen viejas cuestiones y entran otras que dicen relación con la vida de la gente, con sus estructuras éticas y normativas, con sus aspiraciones de creatividad y sociabilidad.

## 2. Socialismo y modernidad

Contra la ideología neoliberal, el

socialismo afirma que la modernidad no se identifica con una sola racionalidad ni menos con un determinado instrumento o mecanismo. La modernidad consiste en la plena afirmación de la capacidad de los sujetos de hacer su historia.

Pero no hay una sola manera de hacerla o una sola forma de ser sujeto. La visión occidental de la que el socialismo es heredero privilegió la dimensión instrumental y la relación cosificada entre los seres humanos y entre éstos y su medio natural. Parte de ello se expresó en la fe ingenua en la razón, el progreso ilimitado, la ciencia y la técnica.

No podemos dejar de asumir la herencia occidental de la razón, y los grandes avances de la ciencia y la tecnología. Sin el incremento de la racionalidad que proviene de esta vertiente en todos los niveles de la población, la sociedad sería destruida por las propias fuerzas que ella ha creado. Hay ámbitos de la vida social en que no puede prescindirse de relaciones objetivas.

Pero ello no basta. La humanidad ha sufrido guerras, pobreza y depredaciones. Las sociedades están atravesadas por formas inhumanas de convivencia. El futuro es vivido por las grandes mayorías con una gran incertidumbre. No puede ya entonces creerse en una visión evolutiva del avance irresistible del progreso, identificado éste con la sola dimensión instrumental o tecnocrática de la vida.

En un universo que, producto de la información y el conocimiento científico y tecnológico, la acumulación a través del mercado, el sistema homogeneizado y penetrante de las comunicaciones y transportes, pareciera ser cada vez más uno y uniforme, las diversas sociedades y colectivos buscan afirmar tradiciones, principios e identidades. Asimismo, establecer relaciones de apoyo y comprensión, afirmar a los individuos y a

las categorías sociales, re-establecer los lazos de hermandad entre ellos y con el medio natural. Todo ello en un marco diferente al mundo del cálculo, subordinando éste a valores de creciente humanización, y buscando transformar las relaciones instrumentales que tratan a los seres como objetos, en relaciones en las que todos asumen su condición de sujetos capaces de debatir y decidir sobre los fines de sus vidas y de la sociedad.

Esto es tan moderno como la razón y la ciencia, pero apunta al desarrollo de la expresividad, la creatividad, la comunicación entre sujetos. Esta dimensión, distinta y complementaria de la racionalidad científico-tecnológica, no niega el progreso, sino que intenta darle un sentido humano. Ella no es un lujo de países desarrollados o de sectores acomodados. Se encuentra en todos los sectores de la sociedad, y, particularmente, en los que sufren más crudamente la deshumanización de las relaciones, como son los jóvenes, las mujeres y los sectores más postergados de la civilización.

El socialismo se ubica en pleno corazón de la modernidad, pero acepta que ella no es una sola, que tiene diversas vertientes y que no se identifica con determinados instrumentos como se plantea desde el neo-liberalismo. La utopía socialista lleva a su máxima-potencialidad las posibilidades tanto de la racionalidad científico-tecnológica como de la comunicación inter-subjetiva entre seres libres, conscientes y dueños de sí mismos.

### 3. Reafirmación de principios

El socialismo asume que el factor decisivo para orientarnos en un mundo complejo está en los principios que sustentan y dan sentido a la vida. La concreción de estos principios y valores es

una tarea permanente y no se deduce de una sociedad modelo o ideal. Así, el socialismo reivindica las opciones y valores inherentes a los principios de libertad personal y de igualdad esencial entre los seres humanos. Esta última se complementa con el derecho a la identidad personal y colectiva y con las diversidades que enriquecen la experiencia individual y social y que no generan injusticias.

La co-existencia y la profundización de libertad e igualdad en la sociedad no son tareas fáciles de articular. Las luchas por una y otra reconocen muchas veces sujetos distintos. Sus mecanismos de realización se han diversificado, y se han hecho más autónomos el uno del otro, más técnicos y más complejos. La experiencia histórica ha mostrado cómo la obtención parcial de una ha implicado el sacrificio de la otra. El socialismo asume un compromiso con ambas, libertad e igualdad, y lo asume buscando la articulación y armonía de ellas en el conjunto de la sociedad.

El socialismo aspira a convertir la felicidad de hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, en su preocupación política permanente. Asume la felicidad como una tarea histórica y real, y no como una promesa de paraíso en la tierra. Su preocupación básica es por las condiciones materiales y sociales históricas que permiten a cada uno perseguir su felicidad y autorrealización personales. No tiene una propuesta del contenido de la felicidad individual por cuanto ello es objeto de la libertad de cada cual.

Libertad, igualdad, felicidad o autorrealización exigen formas de interactuar y estilos de convivencia social. Por ello, el socialismo es una opción por los valores de la solidaridad y por los principios de autodeterminación personal y capacidad de afinación y decisión de los diversos actores de la sociedad. Esta solidaridad

entre los seres humanos se hace extensiva no sólo a nivel de una colectividad, una nación y el planeta entero, sino también a las generaciones del futuro. Así el socialismo asume la preservación del medio ambiente y del patrimonio cultural y material de la humanidad como un requisito necesario para el desarrollo de la condición humana.

#### 4. Socialismo y Democracia

No hay un modelo ni un momento únicos en que se realicen los valores y principios que se han mencionado o en que se resuelvan todas las contradicciones que los niegan.

El socialismo afirma que su modelo de régimen político y de relación de la gente con el Estado, son la democracia como sistema de gobierno y la vigencia de los derechos humanos universales como definición de la ciudadanía.

La democracia se define como un sistema de gobierno caracterizado por la vigencia del principio de soberanía popular, los derechos humanos y las libertades públicas, elección de autoridades por sufragio universal y formas de representación plural alternancia en el poder, gobierno de mayorías y respeto de minorías, participación de los ciudadanos en las decisiones políticas.

Ello significa que, si bien el contenido transformador del socialismo es revolucionario, la revolución como método político no es parte del ideario socialista, sino un recurso que puede ser inevitable en determinados contextos, pero que no es deseable por sí mismo.

El socialismo busca realizar los valores, principios y mecanismos democráticos en todos los niveles de la convivencia social donde se toman decisiones colectivas. Para ello busca

superar todos los privilegios y monopolios de poder que impiden la libre expresión y participación de la gente en su destino. Se extiende, así el ideal democrático a la plena expansión del concepto de ciudadanía en las diversas esferas de la sociedad, incluida especialmente la del trabajo como parte fundamental de la realización humana, y a la plena vigencia, extensión y profundización de los derechos humanos.

En un régimen democrático, el Estado no puede concebirse sólo como un aparato de dominación, sino también como un elemento que ayuda a superarlo un agente indispensable de desarrollo, redistribución y corrección del mercado, y un interlocutor nacional en el proceso de transnacionalización. El socialismo no busca ni eliminar el Estado, como lo ha replanteado la doctrina neo-liberal, ni la absorción de la sociedad por parte de él, como lo plantearon los modelos comunistas. El socialismo aspira a un nuevo tipo de Estado a través de la progresiva extinción de sus dimensiones de dominación. En este marco, busca la transformación del Estado. Ello en un doble sentido. Por un lado, se trata de hacerlo cada vez más reflejo de la voluntad general de la sociedad, eliminando progresivamente sus aspectos autoritarios y ajenos a la determinación de la soberanía popular, y fortaleciendo su carácter participativo. Por otro lado, se trata de modernizarlo y hacerlo eficiente, asegurando su autonomía respecto de los intereses privados y de los poderes fácticos nacionales o internacionales.

No existe democracia en el mundo contemporáneo ni es posible un control del Estado por parte de la sociedad, si no hay un sistema de partidos políticos que asegure la expresión de las demandas y aspiraciones globales y la representación al nivel político de los actores y sujetos sociales. El socialismo se opone a toda visión de los

partidos como vanguardias lúcidas o síntesis de la sociedad, dotados del poder monopólico de la representación y participación y de proyectos y verdades absolutos. Los partidos en un régimen democrático luchan y compiten por el poder político y, ya sea que gobiernen o sean oposición, representan, convocan, movilizan, conciertan y negocian, sin buscar la destrucción o eliminación del otro, sino la persuasión y convicción. El socialismo afirma la vigencia del principio de representación pluripartidaria y aspira a que éste exprese la diversidad de la sociedad y respete la autonomía

El proyecto socialista se define hoy, entonces, por su doble radicalidad. La de las metas postuladas y la del método democrático en el cual enmarca aquéllas profundizando y expandiendo éste.

#### 5. Fortalecimiento de la sociedad civil

Ni la economía ni la política agotan la vida social. En ellas se da parte importante de las contradicciones, especialmente explotaciones y opresiones. Pero también en otras esferas de la sociedad como la cultura y los sistemas educacionales y de comunicación, las relaciones de género e intergeneracionales, la sociabilidad cotidiana, la sociedad civil en suma, se dan formas de opresión, alienación y exclusión y condiciones que impiden la plena realización individual y colectiva.

Contra estas condiciones el socialismo no sólo opone su lucha y organización políticas, sino que desde la misma sociedad, identificado con los sectores que las sufren, plantea propuestas alternativas basadas en los principios que lo inspiran. El campo de acción del socialismo y los socialistas no es sólo el ámbito del Estado o del poder político, sino el conjunto de esferas de la sociedad donde

están en juego los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización. A un fortalecimiento de las funciones no coercitivas del Estado y del sistema de representación política, debe corresponder el reforzamiento también de la sociedad civil y de los actores sociales que en ella se mueven. Ello implica la generación de formas de convivencia diversificadas donde se respeten los principios de autodeterminación y sociabilidad y la creación de condiciones que aseguren que cada cual sea dueño de su vida y reconocido en su aporte a la vida colectiva. Asimismo, el acceso al poder y de decisión en las organizaciones y comunidades de las que se forma parte, y el manejo de información, conocimiento y demás instrumentos que permitan superar la alienación cotidiana y masiva de las comunicaciones.

En síntesis, reconociendo la especificidad, autonomía y dinámicas propias de cada ámbito social, el socialismo busca la creciente socialización y democratización de la información y del conocimiento, del poder y de los instrumentos de tomas de decisión, y la gestión democrática en el conjunto de esferas de la sociedad.

En la búsqueda de mejores condiciones de vida y organización social que hagan posible la superación progresiva de las contradicciones, el socialismo reconoce múltiples sujetos y actores que los encarnan y no se identifica con un portador particular, sea una clase o una organización política.

## IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTORICO

### 1. El contexto mundial

El socialismo implica una metodología

teórica y política que permita identificar cuáles son las contradicciones principales de la sociedad y ofrecer a ésta la propuesta más adecuada para superarlas, determinando las estrategias y los actores sociales y políticos con los cuales enfrentarlas.

El mundo de hoy es un espacio transnacionalizado e interdependiente con tendencias a crecientes desigualdades entre bloques de naciones y al interior de éstas, y a la marginalización y exclusión de vastas zonas y sectores sociales de los avances de la civilización.

En este espacio que tiende a ser único, no desaparecen las identidades, sino que ellas buscan perfilarse. Por un lado parecen hacerse irrelevantes los Estados nacionales por la internacionalización de la economía, de la política, de la cultura y las comunicaciones. Por otro, son los Estados nacionales, los que pueden crear condiciones de igualdad de oportunidades para los sectores marginados y pueden asumir la interlocución de las identidades frente a dicha transnacionalización.

El consenso mundial por la búsqueda de métodos pacíficos de resolución de conflictos se contradice con la enorme cantidad de recursos destinados al poder militar, el uso deliberado de éste en determinadas coyunturas y el sometimiento de las naciones más pobres al orden instaurado por las naciones más poderosas.

Una vertiginosa transformación científico-técnica tiende a uniformar las sociedades y a redefinir toda la actividad de ellas, dejando fuera de la posibilidad de desarrollo a quien no la asuma. Pero, esta transformación no ha desplegado toda su potencialidad en la preservación del medio ambiente, en la eliminación de la pobreza y en la generación de condiciones que hagan al mundo más vivible para todos.

La acumulación del conocimiento

científico técnico ha pasado a ser una fuente de poder en lo económico y en lo político a través de formas tecnocráticas y elitarias de dominación que contradicen el carácter democrático de la sociedad o tienden a hacerlo irrelevante.

La general aceptación de la democracia como forma de gobierno, se enfrenta a la amenaza que en muchas sociedades ella se convierta en sistema meramente formal por la presencia de poderes fácticos que hacen inefectiva la voluntad ciudadana.

Así, la extensión de los principios democráticos a la vigencia de los derechos humanos y a la autodeterminación de personas y pueblos, se enfrenta a la ausencia de paradigmas ciertos o indiscutibles de organización social, que aseguren la realización de principios cuyo valor es reconocido universalmente.

El desafío principal que enfrenta la humanidad es la superación de la contradicción entre las crecientes aspiraciones individuales y colectivas de los seres humanos por ser dueños de su destino y las grandes posibilidades que se han abierto para realizarlas, por un lado; y la desigual distribución de los recursos para ello debido a la apropiación por parte de sectores sociales o de naciones de las fuentes de poder, mecanismos e instrumentos que permiten a cada cual decidir sobre sí mismo, por otro lado. Tales fuentes de poder son múltiples y diversificadas y no se reducen a la dimensión económica, sino que abarcan las esferas de la organización societal, política y cultural. En todas ellas se producen apropiaciones monopólicas, sean poder económico, político, militar, simbólico, de información, comunicación o de conocimiento. Ellas generan privilegios, desigualdades y exclusiones que se traducen en miseria oprobiosa o alienaciones masivas y destructivas, que se dan a nivel de las sociedades particulares y en la dimensión

internacional.

El socialismo, como proyecto a escala mundial impulsado de diverso modo por fuerzas progresistas en las distintas sociedades, afirma en el mundo de hoy la posibilidad y el derecho de cada individuo, colectividad o nación de definir democráticamente su destino. Ello implica luchar por la socialización de los principios, mecanismos e instrumentos que en cada contexto hacen posible esa determinación y la expresión libre de la voluntad de todos. A escala global esto plantea una drástica revisión de las relaciones de poder y organización mundiales.

## 2. El desafío latinoamericano

América Latina enfrenta las décadas que vienen desde una encrucijada particular, donde se redefinen de modo específico pero diverso para cada país los temas indicados.

Pareciera haberse terminado el ciclo autoritarismo-democracia y haberse completado en muchos países las transiciones desde dictaduras a sistemas democráticos de gobierno. En otros se están produciendo importantes procesos de democratización política. La izquierda latinoamericana ha encauzado su acción crecientemente dentro del marco del sistema democrático y aparece como una de las fuerzas significativas de su consolidación y, en muchas partes, como alternativa democrática de poder. Se trata de un largo proceso de aprendizaje, después de décadas de inestabilidad y dictaduras que dieron origen a formas de lucha extra institucionales.

Sin embargo, estas democracias no están aún consolidadas y continúan amenazadas o por la presencia de poderes de facto, regresiones autoritarias o reemergencias de caudillismos populistas.

Por otro lado, en la llamada «década perdida» de los ochenta, las sociedades latinoamericanas han visto en su seno agrandarse la brecha entre ricos y pobres. Las crisis y ajustes conservadores por las que han pasado sus modelos de desarrollo se han pagado, en los diversos países, con el precio de la pobreza y exclusión de un tercio o la mitad de sus habitantes.

En el nuevo ordenamiento de la economía y la política mundiales, América Latina permanece aislada y fragmentada. Pese a algunos esfuerzos significativos, no ha definido aún una forma coherente de inserción propia en el mundo transnacionalizado ni un modelo de desarrollo que compatibilice crecimiento con integración y democratización sociales.

La coexistencia en nuestro continente de diversos tiempos y espacios civilizatorios. La dependencia clásica de nuestro modo de inserción en el mundo. El choque de viejas identidades y aspiraciones tradicionales con tendencias contemporáneas universales de comunicación, expresión y sociabilidad. Todo ello ha consolidado fragmentaciones y reproducido dispersiones. América Latina se ha debilitado en su identidad propia, oscilando entre estilos elitistas y dependientes que reproducen la ideología neo-liberal, marginaciones masivas y cultura de masas norteamericanizada.

La modernidad latinoamericana y su aporte a la humanidad se definirá por la combinación original entre la racionalidad instrumental de tipo científico-técnico, la racionalidad expresiva y comunicativa y las tradiciones e identidades que han sido desarrolladas a lo largo de siglos por vastos grupos sociales, culturales, étnicos y regionales. La indisoluble combinación y potenciación de todos ellos en los diversos niveles y sectores de la sociedad definen la especificidad latinoamericana.

En síntesis, el proyecto socialista para América Latina implica para las próximas décadas tareas de enorme envergadura. Consolidación, extensión y profundización de la democracia política. Plena integración a la sociedad de los sectores excluidos o marginales como sujetos y actores de su propia historia. Formulación de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento y democratización social. Inserción en la economía internacional con un perfil autónomo a través de su integración interna. Definición de su propia modernidad e identidad cultural.

## V. EL SOCIALISMO CHILENO. TRAYECTORIA Y PROYECTO

### 1. La trayectoria socialista

Desde su fundación en la década del treinta, identificado con los principios señalados, el socialismo chileno se definió como una fuerza política y social de carácter popular que buscaba la transformación profunda de la sociedad chilena en el marco político democrático.

A lo largo de los años el socialismo chileno fue integrando diversos sectores sociales y elaborando una visión doctrinaria diversificada que no se identificaba con ningún dogmatismo. Su estrategia política subrayaba la unidad de las fuerzas de izquierda, la autonomía del movimiento popular, la solidaridad con las fuerzas progresistas del mundo y especialmente latinoamericanas y la independencia respecto del bloque comunista. En la tradición socialista chilena están la crítica y alternativa al capitalismo, y también la crítica libertaria a los denominados socialismos reales. Diversas formulaciones han dado cuenta de esta visión política en diferentes períodos, siendo quizás la más

relevante la «Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista» de 1947.

En la década del sesenta, culminando largas y significativas luchas encaminadas a superar nuestra realidad de capitalismo dependiente y subdesarrollado en el marco democrático, el socialismo chileno se planteó como alternativa de poder político democrático. Ello se expresó en la Unidad Popular, que agrupaba a todas las fuerzas de izquierda, y en la conquista democrática de la Presidencia de la República con Salvador Allende. El sentido profundo de este proyecto puede resumirse en las palabras que pronunciara el Presidente Allende en su Primer Mensaje al Congreso Nacional: «El combate sostenido para abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales, es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando».

La Unidad Popular se vio enfrentada a una implacable oposición, algunos de cuyos sectores no excluyeron la violencia. En ese contexto, no logró plasmar la riqueza de su planteamiento en un proyecto viable, una estrategia coherente y una alianza social y política mayoritaria. No pudo así evitarse la polarización de la sociedad chilena ni neutralizarse al poder militar convocado por las fuerzas conservadoras.

El término de la experiencia de la Unidad Popular con el derrocamiento del Presidente Allende en Septiembre de 1973, dio origen a casi dos décadas de dictadura militar. Esta, junto con arrasar con las instituciones y movimientos democráticos a través de la represión y el conerol, inició una transformación profunda del país. Ella iba dirigida a reinsertarlo en la economía capitalista mundial según las políticas y

recetas neo-liberales y a configurar una sociedad autoritaria en lo político, profundamente desigual, fragmentada y atomizada en lo social, y con los valores del neo-liberalismo en lo cultural.

Para el socialismo chileno el fracaso y derrota de la Unidad Popular y la implantación de la dictadura militar significaron muerte, exilio, cárcel, y desaparición de miles de dirigentes y militantes, y la búsqueda de la reconstrucción partidaria en la clandestinidad. Un largo período de dispersión, fraccionamientos y divisiones, fue también acompañado en cada sector socialista de diversos procesos de reflexión crítica sobre la experiencia chilena y el socialismo mundial, de renovación ideológica y política y de luchas permanentes contra la dictadura. Todo ello permitió que fueran convergiendo los diversos sectores socialistas hacia su unidad política y orgánica, a lo que se agregaron diversos otros sectores de la izquierda chilena.

En este proceso, el socialismo fue madurando su estrategia para terminar con la dictadura en el enfrentamiento institucional de 1988 e iniciar la transición que recuperara la democracia en Chile. Ello lo ha hecho impulsando y formando parte de la más amplia y sólida alianza política y social de este siglo en nuestro país, la Concertación de Partidos por la Democracia, que en Marzo de 1990 llegó al gobierno inaugurando el nuevo régimen democrático. Hoy el socialismo chileno se encuentra renovado y unido, habiendo integrado vie las y nuevas vertientes, constituido en la única fuerza política viable de izquierda, constituyendo uno de los dos ejes de la coalición política y social mayoritaria en Chile y formando, parte del primer gobierno democrático después de diecisiete años de dictadura militar. La

propuesta socialista para Chile se hasa en las reflexiones, valores y principios enumerados a lo largo de estas páginas y en la trayectoria y realidades actuales del socialismo que hemos esbozado.

## 2. Las grandes tareas socialistas

La propuesta socialista para Chile no es un proyecto cerrado y excluyente. Es un conjunto de tareas que se enmarcan dentro de los principios y contextos indicados en estas páginas y que buscan sobre todo despertar la creatividad y participación de todos los sectores sociales. Estos que deberán plantear sus propios énfasis y orientaciones en el debate y realización de tales tareas.

**En primer lugar**, el socialismo chileno tiene como una de sus grandes tareas La democracia política y la democratización social.

La consolidación y profundización de la democracia política, implican terminar con los enclaves autoritarios heredados de la dictadura. Para ello es necesario eliminar o modificar instituciones constitucionales no democráticas. Reformular las relaciones cívico-militares, redimensionando la institución de defensa y subordinándola efectivamente al poder político. Transformar el poder judicial para hacerlo moderno, efectivo y responsable. Restituir las funciones del Congreso, para hacerlo un lugar principal del debate público y del ejercicio de la voluntad popular. Reformar el sistema electoral para hacerlo verdaderamente representativo e incluyente.

La consolidación de la democracia política implica también asegurar institucionalmente gobiernos de mayoría, lo que quiere enfrentar el cambio del sistema de gobierno hacia fórmulas semi-

presidenciales o semi-parlamentarias que se aparten del presidencialismo excesivo.

Junto a ello, es necesaria la afectiva democratización del poder local, comunal y regional, para hacer de cada una de éstas instancias no sólo un núcleo de desarrollo económico, sino también social, cultural y político.

Pero la tarea de construir y consolidar la democracia política no es una que se haga sólo desde el poder político a través de cambios institucionales. Su contraparte es la progresiva democratización de la sociedad. Ello exige una efectiva democratización de las organizaciones, la permanente construcción de movimientos sociales y el respeto a la autonomía de éstos. Asimismo, la creación de canales de participación en todos los campos en que se toman decisiones, y la incorporación de los trabajadores a la gestión de las empresas.

Todos estos procesos deben ser acompañados de la democratización de los partidos políticos y de la reformulación de las relaciones entre partidos y actores sociales, superando la atomización, por un lado, y el partidismo y corporativismo estrechos, por el otro.

**En segundo lugar,** no hay real democratización de la sociedad sin la eliminación de la pobreza y la exclusión y sin una reformulación del modelo de desarrollo y de su consecuente inserción en la economía mundial.

La existencia de más de un tercio de pobres y de un altísimo porcentaje de sectores marginales y en extrema pobreza, transforma la superación de esta situación en un imperativo ético insoslayable. Sin duda que no hay solución sin un crecimiento económico sostenido, pero éste por sí solo no basta. Es indispensable buscar formas más justas de distribución de la riqueza. Junto a las políticas económicas de tipo

asistencial, a las políticas educativas y de salud, es necesaria también una transformación productiva que apunte a los aspectos estructurales del problema, sin lo cual sólo habrá paliativos temporales. Asimismo, las masas marginales no son sólo objeto de políticas sociales, sino que deben ser consideradas como sujetos y actores de su propio desarrollo. Una lucha contra la pobreza y la marginalidad tiene dimensiones de tipo asistencial, estructural productiva, social organizativa, político participativa, y cultural.

Objetivos del desarrollo son, sintéticamente, mejorar la calidad y elevar el nivel de vida de los chilenos. Establecer condiciones para un crecimiento económico sostenido constituye un requisito necesario para lograr estos objetivos. El crecimiento que se alcance debe caracterizarse por propender simultáneamente a promover una efectiva participación e todos los chilenos en los frutos del crecimiento y velar por la sustentabilidad medioambiental. Sólo así puede hablarse de un verdadero desarrollo.

El logro de todos estos objetivos de manera simultánea obliga a replantear los términos del actual modelo de desarrollo adoptado en el país. Esto porque, si bien en términos macroeconómicos se pueden exhibir indicadores favorables no puede ocultarse ni el alto costo que han tenido que pagar en sus niveles y calidad de vida los sectores populares ni el deterioro creciente que han sufrido los recursos naturales del país.

La visión socialista del desarrollo se sustenta tanto en una propuesta de transformación estructural que le otorgue a los sectores populares participación efectiva en los frutos del crecimiento económico, como en una defensa irrestricta del patrimonio natural sobre el cual se asienta el crecimiento económico.

La transformación estructural

propugnada se caracteriza por buscar una inserción orgánica de los trabajadores y pequeños productores en el crecimiento y por asignar un rol orientador, regulador y fomento al Estado, en un contexto global cuyos rasgos predominantes son el desarrollo de las inversiones públicas y privadas y la existencia de mercados activos y competitivos

La visión socialista de un Chile moderno, y en condiciones de enfrentar exitosamente el desafío de la ampliación del comercio internacional en un mundo cada día más interdependiente, se sustenta en promover una economía que ponga el acento en generar el máximo valor agregado, utilizando adecuada e intensamente los recursos nacionales. Ello le da al sistema educacional y al desarrollo científico-tecnológico una responsabilidad crucial.

Lo anterior obligó a superar los ideologismos que establecen concepciones que oponen al Estado con el mercado, o que afirman unilateralmente las bondades de la propiedad privada, sin atender a los requerimientos sociales y de sustentabilidad medioambiental.

El activo papel que debe tener el Estado como agente de desarrollo, obliga a plantearse su reforma en el sentido de su modernización, democratización, agilización y capacidad de decisión y de interlocución con el sector privado. Pero esto no excluye el papel básico y la responsabilidad en el desarrollo que tienen empresarios y trabajadores, sectores ambos que deben potenciar al máximo sus capacidades y creatividad. Ello plantea el desafío de la modernización de ambos y de la redefinición de sus mutuas relaciones para hacerlas cada día más equitativas e integradas con el conjunto de la sociedad.

**En tercer lugar**, la democratización política y social, la eliminación de la pobreza y la reformulación del modelo de desarrollo, deben darse acompañadas de una profunda modernización y re-estructuración de las relaciones sociales y formas de convivencia, en el sentido de asegurar igualdad y plenitud de oportunidades para la creatividad y expresividad de todos.

Hablamos aquí del doble sentido que le hemos dado a la modernidad, lo que nos aparta de modelos de modernización que estuvieron centrados en la pura dimensión racional-técnica. La modernidad se alcanza cuando todos los sujetos pueden hacer su propia historia. Crear esas oportunidades implica generación de formas de participación diferenciada en todos los niveles de la sociedad: el barrio, la comuna, la región, el lugar de trabajo y de estudio. También requiere de la capacidad de enfrentar las formas manipulativas y alienantes que adquieren el desarrollo de espacios urbanos y habitat crecientemente invivibles, la concentración y estandarización de las comunicaciones, la rigidez y mediocridad de la oferta educacional, el burocratismo de los servicios sociales, el aburrimiento y carencia de sentido que lleva a estilos y conductas aberrantes y destructivas de la vida. El socialismo plantea, entonces, el establecimiento de relaciones sociales y de formas de organización de la sociedad que hagan más digna la vida de todos. Es la misma sociedad la protagonista de esta tarea y en ella cabe un papel especialmente significativo a los jóvenes, las mujeres, los sectores marginales y los trabajadores de la cultura.

3. La construcción de mayorías sociales y políticas

Hay así una tarea social de construcción de organizaciones y democratización. Una tarea política de profundizar la democracia política y generar una sociedad participativa y representativa. Una tarea económica de reformular el modelo de desarrollo y eliminar la pobreza. Una tarea cultural de construcción de un sentido humano de la convivencia.

Las tareas enunciadas deben transformarse en medidas programáticas para las próximas décadas. Ellas apuntan a una sociedad políticamente democrática, moderna, participativa, crecientemente igualitaria y estimulante del desarrollo de sus hombres y mujeres y creativamente insertada con el resto de América Latina en la comunidad internacional.

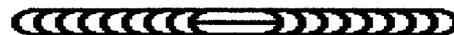
Todo ello no puede ser enfrentado sólo desde el Estado y por un solo grupo político. Se requiere para tales objetivos y tareas una gran mayoría social y cultural, que tenga también expresión política. El socialismo ha planteado que esta mayoría debe constituir un bloque democrático-transformador o bloque por los cambios. La expresión social de este bloque diversificado es el conjunto de sectores populares y capas medias y su expresión política es la alianza de largo plazo entre la Izquierda y el Centro, representados principalmente por el Partido Socialista junto al PPD, y la Democracia Cristiana, además de otras fuerzas políticas convergentes. La Concertación de Partidos por la Democracia ha sido hasta ahora la mejor expresión de este bloque socio-político y cultural, lo que exige su proyección en un horizonte estratégico.

En esta coalición los socialistas no buscan el hegemonismo pre-establecido ni lo aceptan de parte de otros. Apreciando como riqueza la diversidad social, cultural y política de este bloque, los socialistas aportan en él la reflexión crítica sobre su

experiencia y trayectoria, la expresión, movilización y creatividad de sectores claves de la población chilena, y el conjunto de principios y métodos aquí enunciados.

Los socialistas propugnan el fortalecimiento de la coalición y, al mismo tiempo, la existencia de mecanismos democráticos que regulen la competencia por el liderazgo de ella. En ese marco, aspiran legítimamente a su conducción.

Los socialistas ofrecen a la coalición y a todo el país un partido que aprende de su pasado, reconoce y critica los errores cometidos y asume la herencia positiva de su trayectoria. En el presente, los socialistas han buscado las fórmulas más adecuadas para unificarse, renovarse, descentralizarse y democratizarse. Por ello se ha establecido, entre otras medidas, sistemas de elección de sus dirigentes por votación de todos los militantes, cuotas de discriminación positiva en favor de las mujeres, métodos democráticos de formulación de su propuesta. Los socialistas asumen el compromiso de extender y profundizar la democracia interna, respondiendo al doble requerimiento de unidad y diversidad. Al mismo tiempo se busca la mayor modernización, eficiencia y capacidad técnica partidarias, junto a la permanente vinculación con las inquietudes y aspiraciones de los diversos sectores y actores sociales. Afirmándose como la principal fuerza de la Izquierda chilena, el Partido Socialista plantea para hoy y el futuro no una ideología cerrada ni un proyecto excluyente, sino un conjunto de principios y propuestas abiertos al debate y a la acción de todos los chilenos y chilenas.



# BORRADORES SOBRE EL ESTADO Y SU CIRCUNSTANCIA

Oscar Guillermo Garretón



Partí escribiendo sobre modernización del Estado. A poco andar me dí cuenta que habían temas previos. Luego descubrí con horror que los previos tomaban dimensiones y alcances imprevisibles. Así, he llegado a la conclusión que solo puedo escribir borradores incompletos para estimular la discusión. Me consuela - y lo creo consuelo de humildes, no de tontos - reconocer que la humanidad, en esta coyuntura, solo esta en condiciones de escribir borradores sobre su circunstancia y futuro. Sabemos muy bien de donde venimos, pero solo alguna persona o corriente de pensamiento tan presuntuosa como ciega, tendría la osadía de asegurar hacia donde vamos, ni menos a donde llegaremos.

Valga esta explicación para el titular y contenido de las líneas siguientes. (Los cuatro primeros puntos de este trabajo fueron incorporados de manera resumida en la charla del autor que, con el título «¿Hacia donde va el socialismo?» fue dada en el Centro de Extensión de la UC en Noviembre de 1993 y publicada más tarde por el diario «El Mercurio» en su Cuerpo D, del Domingo 26 de Diciembre de 1993).

1.- Debo partir con una afirmación. La metamorfosis del Estado es un problema universal e histórico. No es solo una cuestión nacional o de simple modernización. Esto tiene varias razones, entre las que destacan:

a.- Nuestras sociedades son cada día más complejas, menos uniformes y, por tanto, lo colectivo es cada vez más difícil de organizar, de regular, e incluso de definir. Este no es un problema técnico o de informática: es un problema cultural. Inciden en ésto las nuevas formas de organización del trabajo, de desarrollo de las telecomunicaciones, de la economía de mercado, de la focalización en el individuo antes que en la gestión masiva o en la gesta masiva.

b.- Otra causa de la crisis es el desarrollo de las libertades y la visibilidad. El mundo es más libre y todos o muchos más que antes, tienen posibilidad de conocer más cosas o tener más información. Y gente más libre tiene menor propensión que antes a recibir ordenes jerárquicas o a subordinarse a verdades oficiales.

Así mismo, hay mayor capacidad individual y colectiva para saber los efectos de las acciones que se realizan. Antes, decisiones «populares», capaces de demoler el futuro de la gente y del país, eran posibles de adoptar sin que nadie se diera cuenta siquiera; mientras las oposiciones eran descalificadas esgrimiendo antagonismos ideológicos hoy diluidos. Los mismos que se sirven de los medios y aparecen habitualmente en ellos, son más vulnerables que antes: sin los medios actuales Nixon no tendría su Watergate, ni Sadam Husein su guerra presente al instante en la TV de los hogares del mundo. Cada vez más gente tienen la posibilidad de optar en que medios se informa - vivimos el fin de la «prensa oficial» única y masiva - en tanto las telecomunicaciones llevarán en 5 años ésto a límites insospechables para muchos.

c.- Por si fuera poco, la crisis del comunismo puso automáticamente en crisis el pensamiento estatista. El Estado no tiene la sacralidad anterior y por ende su autoridad cultural es extendidamente reemplazada por el sometimiento más o menos resignado a sus leyes, cuestión siempre odiosa o al menos discutida, aunque sea aceptada.

d.- Así mismo, ha terminado la época de la sociedad industrial en que buena parte de la población estaba sujeta a tareas repetitivas, ordenadas en torno a la hegemonía de la máquina de producción manufacturera, con modelos simples y universales de gestión basados en la maquinización del trabajo humano (Fayol y Taylor). Hoy el motor se traslada a la industria de los servicios (informática, telecomunicaciones, etc) y el centro pasa a ser el capital humano, su capacidad empresaria, su creatividad,

su educación y, sobre todo su particularidad como persona.

El Estado reglamentador y redistribuidor - gran padre benefactor y clave de poder político - tenía sin duda más probabilidades de ser exitoso en una sociedad dominada por la estandarización de trabajos y productos (de productores y consumidores) y por el control oligárquico de informaciones y poderes en manos exclusivas del factor capital. En la actual sociedad de la diversificación, de la democratización universal y de la empresa particularizada, del volcamiento a su majestad el cliente individual, de la información liberada y crecientemente personificada, se extiende el poder cultural y económico del factor humano. En la sociedad que se viene abriendo, un Estado que decide por todos, que cuida de todos, que impone la decisión colectiva, que se siente depositario de un impreciso «interés nacional», se hace cada vez más inviable.

e.- Por último, el «estado-nación» se muestra crecientemente insuficiente para dar cuenta de la economía cada vez más mundializada de nuestra «aldea global». El ámbito dominante de la actividad económica rebasa cada vez más las fronteras nacionales y esto es aún más cierto para Chile.

Cuando se observan las dificultades de los 7 Grandes en sus intentos por manejar las crisis comerciales y monetarias, en tanto - gracias a las telecomunicaciones - los mercados de capitales mueven a escala planetaria cifras enormes, varias veces superiores a las del propio comercio internacional, o empresas europeas y americanas llevan su contabilidad en la India o Irlanda, no se necesita explicar esto demasiado.

En el propio caso de Chile, aparte de la importancia creciente de los mercados internacionales para su sobrevivencia y dinamismo, hay fenómenos particularmente decisivos. Así ocurre por ejemplo en el ámbito comercial con el efecto de vientos proteccionistas sobre la situación de la agricultura nacional. También es bueno recordar que el precio de las acciones de empresas chilenas suscriptoras de ADR, depende más de la evolución de la Bolsa de Nueva York que de las nacionales.

En otras palabras, pareciera que el «Estado gobernante» está en declinación. El Estado que manda, imperial, está acabado porque la gente no depende de él en el grado de antes, ni cree como antes en la legitimidad de su mandato

sobre las personas. También está en crisis el Estado todopoderoso, arrogante, que ya no lo es tanto ni es tan querido. Pero igualmente está en bancarrota el Estado organizador, que persuade y protege: el orden cada vez es menos asegurable por estructuras centrales, la capacidad de las personas para eludir su dependencia es cada vez mayor.

La pertenencia cotidiana es cada vez más a espacios menores, más asibles que el estado-nación (la región, el barrio, el club, el gremio, la empresa, etc), mientras los costos del estado benefactor son insostenibles aún en la hipótesis dudosa de que la sociedad quiera pagarlos. Desde otro lado, la globalización de la actividad humana a escala planetaria, crea también otras limitaciones y responsabilidades al Estado.

Por eso más allá de la discusión sobre «más o menos Estado» o sobre su «modernización», se trata de un Estado que actúa distinto porque tiene una misión diferente: transferir y potenciar oportunidades a los miembros de la sociedad a que se debe.

O sea, más un estado de apoyo y servicio para estimular y permitir el autogobierno y el desarrollo libre de las personas, así como para dar solución a problemas de la competitividad/país (Nota: se explica más adelante). Más ligado a la gente y por ende menos piramidal y centralista. Más modesto en sus pretensiones, más profesional en su gestión. Un Estado que maximice, pero cuestiones distintas a la rentabilidad privada. Menos símbolo de monopolio del poder, más sinónimo de servidor y diseminador de poderes: verdaderamente gobierno del pueblo.

2.- El Estado será cada vez más pequeño en relación a la economía, independiente de sus facultades y roles. Todo indica que es altamente polémico aumentar la dotación, los presupuestos o las atribuciones de sus instituciones, cuando las tendencias culturales apuntan en sentido contrario. Mientras, la economía chilena continúa creciendo a ritmos entre 5% y 6% anual, en tanto el propio Estado genera año en año, con su acción social, nuevos contingentes cuya sobrevivencia no dependerá de él.

En ese cuadro, la modernización y perfil económico del país tenderá crecientemente a pasar más por el quehacer de las empresas que por aquel del Estado.

Como ya dijimos, esta además no es una realidad solo socio-económica, ni estadística. El fenómeno es más

amplio, es cultural. Es el privilegio en la vida cotidiana a las pertenencias regionales, locales, grupales, barriales u otras por encima de las nacionales, precisamente porque las confrontaciones ideológicas o políticas han perdido dramatismo y significado para la vida cotidiana. Es la segmentación de culturas derivada de la diversidad de las sociedades. Es la desestatización cultural y la revolución de las telecomunicaciones que crecientemente segmenta los mercados hasta el nivel de cada individuo. Es el arte transformado en producto de consumo extendido y la estética convertida en dimensión de la vida de todos, liberando así a arte, artistas y creadores del mecenazgo y el control estatal.

Son, por último, conceptos como «atención personalizada», «volcamiento al cliente» y otros - apoyados por la revolución tecnológica - que proveen a cada vez más individuos de grados antes inimaginables de libertad para elegir, disponibles sin necesidad de adherir o adherirse a pertenencias más amplias que aquellas de su entorno más vital.

Al Estado lo achica la historia humana, no el neoliberalismo. Quien opte por concentrar su acción y atención solo en el Estado, estará optando por achicar su gravitación en la vida económica, social y cultural del país.

Pero más aún. El Estado va dejando de ser EL PODER POLITICO cuyo control desvelaba a conservadores y revolucionarios. Optar por el Estado no es solo optar por algo que se achica en influencia, en la vida interna de las sociedades: progresivamente, solo será capaz de reproducir lo existente en ellas, decreciendo su rol transformador. Esto significa, por ejemplo que, en una coalición gobernante, si la fuerza minoritaria opta por concentrar toda su energía en el Estado, estará consagrando inevitablemente su subordinación estratégica a su aliado hegemónico. O en otras palabras, todo partido minoritario de una coalición gobernante continuará siéndolo, si su disputa de hegemonía es solo o principalmente estatal (cuotas de poder ejecutivo o legislativo, contenidos programáticos de gobierno, etc).

El drama es que aquella parte de la clase política que mira con antojeras solo hacia el Estado, tendrá siempre dificultad para reconocerlo y también pánico a todo aquello que amenace su tamaño y atribuciones, porque finalmente el poder del Estado es su poder, o más bien su única expectativa de poder. Y esto nada tiene que ver con el

«estado solidario», que seguirá teniendo sus tareas, pero crecientemente orientadas a dotar a la gente para actuar en la sociedad y no eternamente amparada por el estado.

3.- Sin embargo esto no quiere decir que el Estado tenga poca importancia. No solo porque la tendencia antes enunciada tiene un prolongado camino por delante, sino por su rol potenciador de la sociedad en el mundo globalizado.

Con esto no me refiero a sus obvias tareas «paliativas» como es la lucha contra la extrema pobreza o a las «reguladoras» que siempre existirán, aunque deberían tender a disminuir de importancia si el Estado es exitoso. Las «paliativas», porque si el país prospera y el estado es eficiente en su lucha contra la extrema pobreza, deberían tender a desaparecer. Las «reguladoras», porque si el país asume que su única opción es abrirse a la competencia en los mercados internacionales que se globalizan, todo lo que es grande o monopólico aquí, tenderá a relativizarse y el regulacionismo extendido solo contribuiría a afectar la competitividad de la economía.

Me refiero en cambio a su rol renovado: a su acción para potenciar y ampliar las oportunidades de la sociedad chilena en su conjunto y de todos sus integrantes.

En este sentido, es vital su capacidad para sustentar y desarrollar la competitividad/país.

No son empresas las que hoy compiten en el mundo. Son empresas competitivas de países competitivos. Una maquinaria o una empresa muy eficiente radicada en un país sin caminos, sin puertos, sin telecomunicaciones, sin gobiernos serios en su gestión, sin institucionalidades confiables (leyes, normas, honestidad, poder judicial sólido, etc), sin mercados de capitales, sin resguardos al medio ambiente, despreocupado de la investigación, sin personal capacitado y sin consensos nacionales básicos, no tiene nada que hacer en el mundo globalizado de hoy.

No hay empresa que pueda competir si se radica en un país semicolapsado. En el caso de Chile esto es aún más importante. Preveo que su perfil futuro es más cercano a ser un gran centro internacional de servicios - por su personal e infraestructura que un gran productor manufacturero. Más Singapur que Japón.

Un estudio del Bco Mundial (D. Leipziger y V. Thomas, «An Overview of East Asian Experience. 1993») trae un análisis de los principales factores de crecimiento en

economías recientemente industrializadas del sudeste asiático (Corea, Taiwan, Singapur, Hong-Kong, Tailandia, Malasia, e Indonesia). Luego de analizar factores ligados al patrimonio de esos países, a la políticas de sus gobiernos, a sus instituciones y compararlos con sus tasas de crecimiento - que han venido siendo en promedio del orden del 8% anual - se ha concluido que los factores más determinantes, comunes a todos ellos, han sido: la estabilidad macroeconómica, la inversión en recursos humanos, la apertura al exterior, una burocracia estatal altamente profesional y no corrupta, así como la estabilidad política.

En otras palabras, la eficiencia de las empresas y su funcionamiento competitivo son una condición necesaria, pero insuficiente del desarrollo. Hay una competitividad/país reflejado en los factores antes mencionados en el citado estudio del Banco Mundial y que escapan a las posibilidades de acción de una empresa determinada. Ellas no son solo responsabilidad del Estado. Son responsabilidad de toda la sociedad y de su Estado subordinado a los objetivos sociales comunes.

4.- El debate sobre modernización del Estado en los países desarrollados está centrada en la bancarrota del «estado benefactor»: la inviabilidad de la seguridad social basada en reparto (pensiones, seguro laboral, etc) en vez de la capitalización, las insuficiencias fiscales, etc.

Este es el desplome de un perfil programático central de la socialdemocracia y el socialismo europeo. Para sus partidos hoy, esta bancarrota representa su propio Muro de Berlín.

El FMI («El País», 24/09/93) entregó un estudio elocuente sobre esta situación. Señala que antes de 20 años los pensionistas o jubilados superaran el 53% de la población en edad de trabajar en Canadá y sitúa las necesidades netas de recursos del estado canadiense para cubrir esos compromisos, en el 250% de su Producto Interno Bruto (PIB).

Otros países desarrollados dan un resultado similar, según el FMI: Francia (216%), Italia (233%), Japón (200%), Reino Unido (186%) y Alemania (160%). En tanto en EE W, con sistemas complementarios de capitalización y pensiones privadas, enfrenta necesidades equivalentes a solo un 43% de su PIB.

¡Ojo con ésto! Las presiones por aumentar el tamaño

del estado, sus atribuciones regulatorias y sus plazas - como en toda organización - son inherentes o consustanciales a los detentadores del poder que genera: las burocracias y los aparatos de poder político sin un proyecto de sociedad que les inspire una misión o vocación de servicio. Requiere una gran visión de estadista y de compromiso popular, hacer frente a la tentación. Más aún, cuando la política tiende hacia un «pega y corre», donde todo plazo superior al período de un mandato presidencial, parlamentario o municipal suele perderse de vista.

Pero igualmente interesa que ésto no se entienda como un alegato antiestado. Quizás podríamos hablar de una transición del «estado benefactor y regulador» al «estado productivizador, agregador de valor y generador de oportunidades». O sea, más que un estado gastador y controlador, un estado capitalizador.

Son parte central de su actividad «no paliativa», efectivamente superadora de desigualdades e injusticias sociales, cuestiones como la inversión en educación, el impulso a un potente desarrollo de la infraestructura, el respaldo y estímulo a la investigación y desarrollo (I&D), el apoyo a la PYME y microempresa (clave decisiva de redistribución de ingresos y de generación de empleos y capacidades empresarias). Y en todas estas actividades es posible actuar con las personas y organizaciones de la sociedad civil (o sea, con el «sector privado» en sentido amplio). O sea, un Estado de la sociedad y no un poder político sobre la sociedad.

También incluyo en esta dimensión de un estado diferente, la de un estado democratizador, justo y libertario. O sea, culturalmente preocupado del poder, libertad y autoridad de sus ciudadanos (de las «masas», habría dicho alguien hace 1/4 de siglo) y no de la cautela de su propio poder, libertad y autoridad sobre la población. Una justicia «justa» y expedita, un estado descentralizador, regionalizador, trasmisor de poderes e iniciativas a la población, culturalmente libertario y liberal, son parte de ésta lógica que preveo...y desearía.

Quizás para los enredados en su propia contradicción entre convicción y acción, sería bueno recordar que toda acción democratizadora de la historia ha tenido siempre un contenido antiestatista. Lo tuvieron la Revolución Francesa y la Revolución Soviética...y ambas se agotaron cuando se obsesionaron en crear poderosos estados alternativos a los monárquicos que derrotaron.

Por lo demás, la propia acción democratizadora en Chile fué para desestatizar; para transferir poder a los ciudadanos; para terminar con un estado omnímodo manejado por una institución del estado, con una actividad estatal de extensión tan inédita que cubría la educación completa, los medios, la vida de los chilenos en el exilio y hasta las casas particulares (menos privadas que antes gracias a los servicios de seguridad). Una dictadura es la estatización del poder. El Estado no es sinónimo de progresismo, ni el mercado de conservadurismo (puede ser al revés).

Lo realmente progresista y moderno es un Estado subordinado y al servicio de la sociedad a la que se debe.

5.- En este mismo sentido, la acción del Estado de carácter social «paliativo», tiene también otra faceta de gran importancia: el servicio real a la gente, la focalización sería de los recursos en los sectores de extrema pobreza.

El gasto social en 1992 alcanzó a 2.018 billones de pesos. De ellos, 902 billones es gasto previsional comprometido por el Estado. Queda por tanto un saldo de 1.116 billones, principalmente orientado a educación, salud y vivienda.

Estoy conciente de las rigideces que a veces tiene el aparato público, sin embargo es elocuente hacer el siguiente ejercicio.

Si esos 1.116 billones se focalizaran estricta e implacablemente solo en el 30% más pobre de la población (unos 4 millones de pobres), tendríamos una transferencia por persona al año, algo inferior a los \$ 300.000.- y si se repartiera todo el dinero a cada familia pobre, alcanzaría para que cada una hubiera recibido en 1992 más de \$ 100.000.- por mes. O sea, el equivalente a más de dos veces el salario mínimo. En otras palabras, si se concentraran en ellos todos los recursos - cosa prácticamente imposible obviamente, pero útil para esta reflexión automáticamente dejarían de ser parte del estrato de extrema pobreza.

Este ejemplo entrega un mensaje muy contundente. Todo lo que se haga por aplicar la máxima severidad en la focalización de recursos será bueno para Chile, al igual que una sistemática evaluación de proyectos. La tolerancia a la «manga ancha» burocrática o partidocrática o la simple displicencia en el tema, es complicidad con la extrema pobreza.

Inherente a esto es también la extrema severidad contra

el «populismo subsidiarista». Es lógico que la gente respalde todas las medidas que personalmente le favorecen o que «suenan» como de beneficio popular. Sin embargo es probablemente aquí donde se juega políticamente lo principal de la batalla por la focalización.

Por ejemplo, ¿es lógico subsidiar los pasajes de Metro, bajándolos? ¿es focalizar en la extrema pobreza subsidiar por igual a todos los usuarios del Metro, sean estos obreros de Cerro Navia o ejecutivos bancarios? ¿es razonable, bajo el prisma de la regionalización, que ~de esa manera todo el país subsidie a los santiaguinos? ¿que dirán cuando las regiones reclamen una baja de tarifas: privilegiamos gastar el máximo de recursos estatales en esto y no en educación, salud o empleo? Preguntas similares es necesario hacerse en todos los temas vinculados a la inversión pública y subsidios.

b.- La segunda clave es entender que no hay una modernización, sino tantas modernizaciones como unidades de acción existen en el estado.

No es lo mismo modernizar empresas públicas, que el poder judicial, la salud o la gestión del medio ambiente. Y esto nos remite nuevamente al primer punto, en sentido que la capacidad modernizadora esta en quienes encabezan cada unidad estatal, definiendo sus políticas y estructuras.

7.- Por tanto, políticas concretas, ordenadoras de la modernización del Estado son entonces:

a.- Vuelco al usuario: lo que implica aplanar el organigrama y acercar la decisión a su «cliente» (la población y en especial los más postergados). Para ello es indispensable:

- la regionalización y descentralización del aparato público.
- la participación ciudadana
- la modernización y autonomización de la gestión de empresas públicas.
- el control de gestión por desempeño, con preocupación obsesiva por la calidad de servicio.

Hay muchos aspectos implícitos en este primer criterio ordenador, que no desarrollaremos (decisión cerca del usuario, atención expedita con lógica de cliente, modernización de criterios de gestión, estímulo a

innovaciones y creatividad, coherencia entre evaluación de proyectos y evaluación de gestión, etc).

Así mismo, este primer criterio tiene otro ingrediente fundamental: el cambio cultural en la relación entre estado y población.

La persona que se relaciona con el Estado no es una molestia o un privilegiado: es la razón de ser que justifica la vida y el ingreso del que lo atiende. Igualmente, no se trata del Estado protector de los desamparados que provee eternamente sus necesidades («estado teta» que provee pegas, pitutos, etc), sino el que genera oportunidades a los que no las han tenido para que desplieguen sus alas y vuelen por sus propios medios.

b.- Centralidad del capital humano del Estado: no hay modernización sin el sujeto que lo implementa. Ello implica muchas cosas, entre las que se destacan:

- Cambio y aumento de nivel en las remuneraciones: no hay modernización posible si el Estado es «el mercado de segunda» en cuanto a empleo. Pero lo peor sería entender que se trata de subir las remuneraciones y punto. El objetivo es aumentarlas vía vinculación a calidad de servicio, productividad, desempeño. Así como es indispensable aumentar las remuneraciones, toda señal de que ello es ajeno del desempeño concreto sería fatal. Igualmente, esto supone la superación de todos los sistemas de personal estimuladores de lógicas burocráticas tales como los pagos por antigüedad o por título, la «escala única» y las diversas formas de inamovilidad. (Una oportunidad preciosa y única de cambiar las formas de remuneración es en las negociaciones para la sindicalización del sector público).

- Capacitación y reconversión: se requiere multiplicar fuertemente los recursos en esta materia y, sobre todo, aplicarlos eficientemente.

- El cambio lo inicia e impulsa la cabeza: no hay cambio si la cabeza del estado no la asume y da señales de consecuencia. Esto tiene que ver con la profesionalización de la gestión pública (esto es suprapartidarismo y algo más también), y con el fin de la lógica «estado-teta» en las dirigencias políticas.

Pero tiene que ver también con los criterios de la cabeza del estado, particularmente en la dimensión más profunda de la lógica burocrática. Lo que caracteriza a un burócrata no es la indolencia, el papeleo o la manga negra. Desde el

escribano del Faraón que escribía en papiros, hasta el moderno burócrata que usa PC y tiene postgrados, lo que los une es la convicción que son ellos los depositarios del «interés superior», mientras todos los demás mortales son sospechosos de intereses espúeos o «distorsionadores» por lo que deben ser «controlados», «regulados», «corregidos». Siempre buscarán aumentar las atribuciones y organismos del estado central, en cambio verán con desagrado la descentralización, la regionalización y, por cierto, la desregulación. Siempre escudriñarán las «fallas del mercado» y, a pesar de los muros caídos, no verán «las fallas del Estado».

El hecho que hoy nadie ose discutir abiertamente la competencia y el mercado, probablemente se traducirá en que las reticencias serán camufladas como «correcciones a las imperfecciones del mercado» o «defensa de los consumidores»; y la frontera de lo justo respecto a lo pretextado, no se puede dejar al criterio discrecional de la burocracia que es juez y parte.

En esto, vale la pena prestar particular atención al tercer nivel funcionario. Los primeros niveles son ocupados por quienes vienen a cumplir una tarea, por un período. Donde es más fácil el desarrollo de culturas burocráticas es en el tercer nivel. O sea, entre los profesionales del aparato permanente que actúan en el entorno de los primeros niveles, proponiendo las respuestas ante distintos desafíos.

Ellos son crecientemente imprescindibles y ninguna autoridad puede menospreciar su valioso concurso. Sin embargo, es en ellos donde más fuertemente puede incubarse una lógica de moderno estatismo regulacionista.

El desafío modernizador más difícil para la cabeza del Estado, es ser consecuentes en la acción por lograr un Estado más potenciador de la sociedad y menos, de sí mismo.

c.- Los procesos de modernización son específicos, particulares de cada repartición, área o empresa pública. Por lo mismo, es imposible reseñar cuestiones generales. Solo de manera muy gruesa, sugiero:

- Aplanar el organigrama significa disminuir instancias para llegar al «cliente», descentralizar servicios, regionalizar decisiones, autonomizar empresas públicas, redistribuir recursos humanos y materiales desde el vértice a la base de la pirámide estatal. Podríamos quizás hablar

de la necesidad de filializar el estado.

- Eliminar la segmentación gremial del estado (Salud para los médicos, OOPP para los ingenieros, Vivienda para los arquitectos, Educación para los profesores, Justicia e Interior para los abogados, etc). Toda entidad es multidisciplinaria. La gestión de cualquier tema tiene exigencias profesionales en «management». Toda actividad realizada por varias entidades de dependencia diversa, no es responsabilidad de nadie.

- Designar equipos con programa de gestión (no de campaña) para encabezar cada unidad estatal. En aquellos puntos donde se desea modernizar, evitar a cualquier precio la improvisación de la cabeza. Los ajustes partidarios propios de todo gobierno o de toda organización, deben hacerse en aquellas partes cuya modernización no se prioriza en esta etapa.

- Cautelar la existencia de mecanismos anticorrupción (oponerse a sobredimensionamientos burocráticos y regulacionistas, gestión normativa rechazando al máximo la discrecionalidad funcionaria, contraloría, severos castigos, etc). No es bueno minimizar esto, por su importancia económica y política. Es ahora que se deben tomar medidas estructurales para combatir la corrupción.

8.- Con estos antecedentes, es una abstracción decir que el problema no es el tamaño del Estado. Y esto, por varias razones:

a.- porque será un estado más caro (remuneraciones, capacitación, infraestructura de gestión y comunicaciones) y no parece razonable ni realista pensar que eso se puede hacer en un estado de igual o mayor tamaño. (¿qué Gobierno, que Parlamento, que prensa lo aprobarían?) La modernización supone un estado más caro, más chico, más profesional y más descentralizado.

b.- porque el estatismo existió y sigue existiendo en Chile. La reducción del Estado provocó fuertes resistencias y siempre la línea del menor esfuerzo será relativizar el rigor respecto a su inflamiento.

Más aún, preveo que un fuerte ámbito de debate será en Chile aquel entre regulacionistas y liberales, que cruzará todo el espectro político. Peor aún, en un país crecientemente competitivo y exigente, siempre el estado corre el riesgo de

ser un salvavidas de costo invisible, porque es pagado por todos. Y entonces, descuidar esto es borrar con el codo lo dicho sobre modernización.

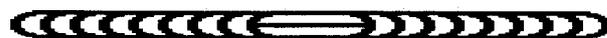
c.- Desde un punto de vista más estratégico, largamente explicado en punto anteriores, el sentido último de toda política progresista en esta materia es la desaparición del estado, la creación de una sociedad de hombres libres... y ya sabemos como castiga la historia humana a aquellos que, proclamando la desaparición del estado, construyeron gigantescos leviatanes.

La discusión entre Estado y mercado ya fué resuelta por la historia, hoy se debate la relación entre Estado y sociedad.

9.- Lo anterior nos lleva a cerrar con otro tema que promete muchas páginas: si todo esto ha cambiado, la política también cambió. El poder de transformación social se está transfiriendo del Estado a la sociedad. Las identidades tradicionales son superadas y las pertenencias se atomizan. Los grandes liderazgos nacionales son absorbidos por liderazgos específicos. Se desvalorizan los samurai, al dejar la política de ser gesta o tragedia y diluirse el « gran enemigo». Curiosamente, al mismo tiempo, el mundo se achica, se hace todo más cercano. Pero, ¡estos son los nuevos espacios de sociedad y de «lo social»! ¡No han desaparecido, han mutado!

Si lo anterior tiene algo de verdad ¿pueden las concepciones y organizaciones políticas seguir siendo iguales a aquellas concebidas en el mundo de la revolución industrial y del Estado - Poder que vivieron Marx y Taylor? ¿Pueden basarse en la concepción leninista del «partido de nuevo tipo»?

La respuesta es obvia. Una organización «militante» es absurda en un país donde declinan las guerras políticas y también las pertenencias nacionales vitales. Solo fuerzas diversas y flexibles en su organización y pertenencias, con autoconciencia de ser parte y no vanguardia, pueden aspirar a representar con amplitud a sociedades como las esbozadas.



# CONTINUIDAD Y CAMBIO

Notas sobre el Programa del Partido Socialista de 1947

## Raúl Ampuero Díaz

Habían pasado catorce años desde su fundación cuando el PS realizó su primera Conferencia de Programa. Durante todo ese tiempo no se disponía de otros documentos ideológicos que la Declaración de Principios de 1933 y, en un plano más primario, el Programa de Acción Inmediata del mismo año. Entre esas fechas habían variado profundamente las circunstancias en Chile y en el Mundo:

- Había quedado atrás la Gran Depresión del 29 y comienzos de la década del treinta y sus ruinosos efectos en la economía chilena, particularmente en la industria salitrera;

- Bajo las banderas del Frente Popular y de la unidad de la Izquierda, la vieja oligarquía había sido desplazada del poder, parcialmente al menos;

- Habíamos seguido con apasionado interés la guerra civil española y su dramático desenlace: la caída de la República y la instalación de un régimen fascista que se agregaba a las dictaduras de Italia y Alemania;

- De la Segunda Guerra Mundial había surgido una Institución planetaria -la ONU- como corolario del triunfo militar de las potencias occidentales y la Unión Soviética sobre el Eje. Se redibujaba el mapa político de Europa y comenzaba el proceso de descolonización en el Tercer Mundo;

- Stalin, en la Unión Soviética, había liquidado a la vieja guardia bolchevique, consolidando así su poder personal y consagrando una versión dogmática del marxismo: el «marxismo-leninismo», como doctrina oficial de la tercera internacional y de los partidos comunistas a ella afiliados.

En suma, una serie impresionante de acontecimientos exigía reformular los postulados originales del Partido a la luz de la historia reciente. Con tal propósito, la nueva

dirección del PS elegida en el XI Congreso General (octubre de 1946) resolvió convocar una Conferencia Nacional de Programa en el curso del año siguiente. La Comisión encargada de elaborar la ponencia Inicial contó con la participación de un gran número de compañeros y, luego de aprobado su texto en la Conferencia, fue sometido a la sanción final del XII Congreso General.

El Programa del 47 está dividido en dos secciones: una primera parte teórica, de fundamentación ideológica, y una segunda donde se diseñan los planes sectoriales. Mientras en esta última fue indispensable y valiosa la colaboración de numerosos especialistas y profesionales de cada ramo, la introducción teórica fue prácticamente redactada por el recordado compañero Eugenio González quién, con este escrito, nos dejó una herencia intelectual de valor singular. Este documento el que enunció los principios que sirvieron de plataforma y orientación al Partido en los veinte años siguientes.

La escueta referencia al marxismo como método de interpretación de la realidad, formulada en la primitiva Declaración de Principios, resulta demasiado esquemática, insuficiente para situar ideológicamente al partido, pero adquiere consistencia en los años que siguen, a través de un persistente y severo enjuiciamiento crítico de las experiencias y actitudes comunistas, dentro y fuera de la Unión Soviética, que el nuevo programa recoge. Con relación a este punto, se lee: «la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de «capitalismo de Estado», dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora». Así «los auténticos fines del socialismo (...) se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores».

El rechazo del modelo comunista se extiende tanto a la concepción del Estado como simple instrumento del

partido, como a la política exterior de Moscú. En este campo el Programa señala una línea que inspirará más adelante la firme condena de las intervenciones soviéticas en Hungría (1956), Checoslovaquia (1968), y Afganistán (1979). Con ocasión de la ruptura soviética con Yugoslavia (1948) el partido no se limitó a solidarizar con la posición de Independencia del país ofendido, sino que acogió con esperanza las nuevas orientaciones contenidas en la política de Belgrado. Tanto el sistema de la autogestión como las iniciativas del no alineamiento calzaban con los conceptos de democracia económica y autodeterminación de los pueblos consagrados en el Programa que comentamos.

El postulado de la autonomía en sus diversas dimensiones anima todo el documento, sea como premisa de las relaciones interestatales o como condición en los compromisos con otras colectividades políticas dentro y fuera de Chile. En su ejercicio el Partido solidarizó con la Revolución Boliviana (1952), con la insurrección promovida en Cuba por el Movimiento 26 de Julio (1959), con la lucha independentista argelina (1962), en momentos en que otros partidos políticos de izquierda les regateaban su apoyo. El mismo principio nos permitió condenar la agresión franco-británica contra Egipto (1956), con motivo de la nacionalización del Canal de Suez, pese a que en aquella época el jefe del Gobierno en París era Guy Mollet, dirigente de primer plano en el partido socialista francés y en la Internacional Socialista.

En realidad el rigor autonomista del Partido está estrechamente asociado a una vigorosa revalorización de la democracia. Si en 1933 había tenido ciertos fundamentos la incorporación del concepto de la «dictadura de los trabajadores» en la Declaración de Principios, en 1947 la gravitación objetiva de esas circunstancias había desaparecido: la Milicia republicana -como guardián del viejo orden oligárquico- estaba disuelta; durante diez años el poder Ejecutivo se había movido en un espacio de izquierda moderada, con la presencia -en algunos períodos- tanto de ministros socialistas como comunistas y, por último, el desenlace de la Guerra Mundial había rehabilitado el valor sustancial de la democracia en el mundo, luego de experimentar en toda su barbarie el totalitarismo fascista. Sin consignarlo en forma expresa el Programa diseña un proyecto político que será conocido en los años siguientes con la denominación de República Democrática de Trabajadores. Dos elementos principales sirven de soporte

a ese enunciado: uno es la reducción del papel del Estado en el proceso de socialización de los medios de producción, y el otro la reivindicación humanista del trabajo, como factor económico y como supremo valor social.

Diversos pasajes evidencian esta convicción: «la tarea fundamental de nuestra época -dice- consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir a los intereses del hombre y de su vida».

«El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo».

«El socialismo -señala- lucha fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la persona humana» -y agrega- «pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ello conduce inevitablemente a la esclavitud política de la clase trabajadora».

Tal vez la concepción de una planificación centralizada del proceso productivo sea la más discutible de las ideas inspiradoras del Programa, aún cuando diversos pasajes la condicionan muy estrictamente, dejando importante espacio a la economía de mercado. El sistema implantado en la Unión Soviética vino a demostrar que la planificación integral es virtualmente impracticable y sobre todo estimula la transformación del personal que la maneja en una «nueva clase social» por la magnitud de sus ingresos en dinero y en servicios. Independientemente del carácter teóricamente «estatal» o «social» de la propiedad sobre los medios de producción, es la tecnocracia la que maneja el aparato productivo, asumiendo simultáneamente una situación dominante en la conducción política.

Nuestra idea de la democracia como una radical socialización del poder en todas sus formas, como sustancial extensión del campo de decisiones del pueblo y del autogobierno, superando los privilegios de clase, ha estado siempre implícita en la mentalidad del Partido y desmiente los injustificados reproches de quienes nos atribuyen una pretérita insensibilidad hacia los valores democráticos tradicionales. A nuestro juicio, si tratamos de encontrar una clave objetiva para juzgar el nivel de democratización de una comunidad en determinada fase histórica, sólo podríamos encontrarla verificando el grado en que el sistema contribuye a emancipar las fuerzas del trabajo.

Frente a quienes aceptan la democracia exclusivamente como un sistema destinado a perpetuar el capitalismo, nosotros lo concebimos siempre como un ordenamiento institucional que debería garantizar el advenimiento pacífico de los cambios requeridos por la evolución de la sociedad.

Es importante subrayar el carácter anticapitalista de todo el documento porque es él un elemento esencial en todo el socialismo verdadero. La amplitud de la planificación, la extensión del mercado, las diversas formas de propiedad, el grado de participación del Estado, todos esos factores, en mayor o menor medida, pueden ser empleados como instrumentos en la conducción económica de una comunidad con un criterio pragmático, para enfrentar sus peculiares problemas independientemente de su estructura socialista o capitalista. Teóricamente la misma economía de mercado, en sus versiones menos dogmáticas, podría compatibilizarse con un régimen socialista de autogestión, donde la empresa privada estuviese sustituida por las empresas autoadministradas por sus trabajadores.

La visión marxista de los fenómenos políticos que acusa en la dinámica de la historia una presencia determinante de los antagonismos de clase es otro postulado que hoy se niega o se oculta en nombre de una solidaridad social puramente retórica. En el Programa del 47 esa perspectiva ilumina sus párrafos más elocuentes.

Como el anterior, el programa en la elaboración deberá responder a un período de cambios inusitados en la esfera internacional, que coincide con el restablecimiento de la democracia chilena después de largos y penosos años de dictadura. El colapso de las estructuras estatales en los países del Este europeo no sólo cambia el mapa político y comprueba el fracaso histórico de la experiencia y del modelo comunista; genera también una nueva realidad planetaria dominada por los Estados Unidos como única superpotencia, en sustitución del mundo bipolar que conocimos desde la segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la fragmentación del bloque soviético, junto, con abrir en sus antiguos territorios una fase de agresivos nacionalismos, daña la autoridad política de todas las tendencias socialistas, aún de aquellas -como el PS chileno- que mantuvieron una inquebrantable oposición a ese modelo.

La nueva situación ha dado una oportunidad excepcional al capitalismo para presentarse como único

sistema capaz de conducir a los pueblos a la prosperidad y para desplegar una abrumadora ofensiva ideológica en torno a una suerte de «teología del mercado» y la revaluación del liberalismo, con una aceptación notable incluso entre ciertos dirigentes e intelectuales de izquierda. Tales acontecimientos son interpretados como anunciadores de una época de vigorosa expansión de la democracia, de derrota del subdesarrollo, de paz en todas las latitudes y de prosperidad planetaria.

El derrumbe de los regímenes comunistas alentó las esperanzas de que fueran sustituidos por gobiernos democráticos, pero los acontecimientos más recientes parecen desmentir tan alentadoras perspectivas. En reemplazo del mundo escindido, vigente hasta ayer (que condicionó en todas partes la conducta de los dirigentes políticos) surge el dominio sin contrapeso de los Estados Unidos, que se asigna una misión tutelar sobre todo el planeta tanto en el orden económico como en los planos político y militar.

Por otra parte la fragmentación geográfica de los estados europeos multinacionales -principalmente de la Unión Soviética y de la Federación Yugoslava- enciende violentos focos de conflictos políticos y de guerras, alimentados a su vez por la reaparición de viejas tendencias reaccionarias -algunas de claro signo fascista- y de añejos integralismos religiosos.

El cuadro se complica y hace más urgente la adopción de una clara línea de conducta si hacemos el inventario de los fenómenos que amenazan la vida humana en términos universales. En la reciente «cumbre» de Río de Janeiro se pasó revista a los fenómenos más alarmantes; la contaminación del aire y del mar, la destrucción de la capa de ozono, la desaparición de las especies, la desertificación de terrenos que fueron bosques y praderas, todo en función de una productiva inspirada exclusivamente en la persecución de la ganancia.

En un documento de la Comunidad Científica Sueca se puede leer esta síntesis sobrecogedora: «...Esta admirable y portentosa célula (célula verde de las plantas) tenía la habilidad de capturar excedentes de energía solar más allá de sus propias necesidades de mantenimiento y crecimiento. Esta habilidad la utilizaron (los hombres) a lo largo de millones de años para crear todos los compuestos, complejos y concentrados de lo que depende toda vida humana y sus actividades. Los seres humanos

permanecieron en un equilibrio con la capacidad regenerativa de las células verdes hasta hace unos cien años. Fue entonces que nuestra tecnología nos permitió ejercer control sobre fuentes de energía concentrada: carbón, petróleo. Ello nos permitió expandir nuestro dominio sobre el espacio ecológico con tal velocidad y fuerza que comenzamos a revertir el proceso evolutivo de la Tierra, transformando materia ordenada en basura molecular con mucha mayor rapidez de lo que las restantes células verdes eran capaces de procesar».

Si queremos ser fieles a nuestro «método de interpretación de la realidad» en el nuevo Programa deberíamos intentar una respuesta a lo menos provisoria al crítico trance que amenaza al mundo. Entender su dinámica sería ya un progreso en cuanto permitiría enunciar una estrategia política capaz de conciliar el desarrollo científico-tecnológico con una nueva estructura social y una economía de nuevo tipo.

La cruel paradoja de nuestro tiempo: el prodigioso dado a la producción por avance del conocimiento científico paralelamente a al difusión del hambre y la degradación material de gran parte de la población mundial, como fruto del modelo de consumo generado por el capitalismo, nos impone la tarea de diseñar un programa alternativo inspirado en el manejo social de las fuerzas productivas, cuya realización descansa en el impulso innovador de las clases oprimidas y marginadas en la sociedad capitalista, y en la acción de los pueblos del Tercer Mundo en busca de un nuevo orden internacional. Es cierto que, comprometido en una realidad histórica con las naciones de Occidente, tampoco el «socialismo real» intentó aplicar un curso distinto para su propio desarrollo industrial.

La «globalización» de los problemas planteados pone a prueba una tesis ya adelantada por el pensamiento marxista, esto es, que el desarrollo de las fuerzas productivas termina siempre por dejar obsoletas, anacrónicas, las relaciones de producción históricamente alcanzadas. Las fuerzas productivas, es decir el conjunto dialéctico del trabajo humano, de los recursos y energías naturales utilizadas en la producción, los avances del conocimiento científico y técnico e incluso las modalidades de la estructura social, tienden a desarrollarse sin interrupción, de manera acumulativa, mientras las relaciones de producción se inclinan a reproducirse siempre de la misma manera y sólo pueden ser sustituidos en determinados momentos de

ruptura revolucionaria. Se plantea así la contradicción entre «fuerzas productivas» y «relaciones de producción» que constituye el antecedente necesario para superar el modo vigente de producir. tal situación, condicionando vigorosamente el proceso histórico, abre la posibilidad también de resolver la otra contradicción contenida en todos los modos de producción antagónicos, es decir, la contradicción interna entre clases explotadas y explotadores. Allí donde la evolución de las fuerzas productivas no ha alcanzado un desarrollo suficiente para generar un modo de producción superior, el conflicto entre las clases sociales puede concluir en la disgregación de la sociedad.

De atenernos a la retórica desatada en torno a la contaminación y sus efectos parecería existir un acuerdo universal para acabar con el insidioso fenómeno. Sin embargo, cuando el análisis se propone identificar sus fuentes y recomendar medidas concretas, irrumpen las resistencias de los intereses empresariales en el interior del país y de la diplomacia del mundo industrializado, en resguardo y justificación de su propio crecimiento y el de las corporaciones multinacionales. Incluso la lucha por la supervivencia de la especie adquiere una dimensión social y deberán ser los trabajadores los más consecuentes en asumirla dentro y fuera de Chile.

La respuesta correcta no vendrá del capitalismo. Para entendernos, hablamos del capitalismo «real», no del capitalismo de fantasía descrito por los teóricos neoliberales, llamado a enriquecer gradualmente la población entera hasta alcanzar con el tiempo los estratos más modestos. Hablamos del capitalismo del libre mercado, el mismo que en Chile ha generado una gigantesca zona de pobreza. Nuestros cinco millones de pobres no son víctimas de una vocación morbosa ni de un momento de distracción de la «mano invisible», encargada de asignar recursos: son el precio de una política que premia la codicia e ignora la justicia social y la preservación del ambiente.

Resulta, entonces, indispensable la acción de un partido que estimule la presencia de los trabajadores en el campo político, como clase protagonista de la historia, y no como «gente» anónima, carente de voluntad colectiva, inerte destinataria de la filantropía privada o fiscal.

Santiago, octubre de 1992.

